

Mi principio y mi fin

“Todo tiene un principio y un final”. Eso fue lo que me dijo ella, Cristina.

Un final... Y es justamente en ese final cuando fui consciente de lo que había vivido. De lo que había sentido. Fue en esa llamada con Cristina, la última, cuando recordé todos mis biberones, apilados cual aros olímpicos en señal de victoria. Mi victoria particular. Recordé que los contaba, de cinco en cinco alineaditos en mi congelador. Tres arriba, dos abajo. Los anillos blancos. Más proteicos que calóricos. Y se me dibuja una sonrisa. Estaba viviendo mi particular Barcelona 92. Mi meta era llenar mientras más botellitas, mejor y mientras más llenas, también mejor. Mejor 125, que 100. Cada gota contaba. Siempre era, “venga, un poquito más y ya acabo”.

Recordé de nuevo. El parking del helipuerto, otra salida cercana a las primeras veces con él, con mi tesoro, con Beltrán. Con esa responsabilidad de conducir con él detrás, mirándolo por el espejo. “Ya casi estamos, hijo”. Recordé de nuevo. El paseo bajo el sol de junio hasta la planta baja, a mano derecha conforme entras, junto a la cafetería. Si no, sigue las indicaciones, no hay pérdida. “Vente a las 12 y así nos conocemos”. Seguí recordando. La primera vez en el 12 de Octubre. Y qué cita tan diferente. Beltrán en su capazo, con su pinocho azul y su camisa de batista blanca. Con volantes por cuello. Que para eso soy de Sevilla, aunque viva en Madrid. Leotardos picados en sus imparables piernecitas. Mirando el techo, las luces blancas.

Continué recordando, Cristina hablaba. “Cerraré tu expediente cuando todo el lote de tu leche...”. Seguía en esa salita, tapándome el brazo tras la analítica de rigor. Dos bolsas cargadas para la vuelta. Una, con los bibes. Cada uno dentro de su ruidosa bolsita de papel y celofán transparente. Otra, con el sacaleches y los materiales necesarios. Los gorros verdes. Ay la foto de Beltrán con el gorro verde. Parecía un marciano recién aterrizado de Marte. Otra sonrisa me vuelve. Me cuelgo todo. Llevo a la incertidumbre por compañera. Me hace de copiloto hasta casa. Mi hijo, en un plácido sueño.

Lo vivido con la donación de mi leche materna pasaba por mi retina interior en segundos. Un plácido recuerdo. Con un regusto dulzón, de trabajo bien hecho, de satisfacción profunda. De haber regalado vida. De haber hecho que la vida cuente. Cristina seguía de despedida. “Te enviaremos un regalo...” Llegué a casa, ya sí con calor sofocante. Tenía que estrenar de inmediato mi nuevo papel de donante. Toda la vida cediendo sangre y ahora tenía la oportunidad de donar leche. Qué pasada. “Marido, mira qué bibis tan pequeños, estos los lleno yo en nada”. Ay qué ingenua. *Mehj, mehj, mehj*, el sacaleches de Medela, con esa peculiar forma de pecho de mujer tan conseguida, se presentaba ante mí como un aliado, como mi única compañía muchas mañanas cuando Beltrán aún dormía y yo aprovechaba para hacer la extracción. También durante las eternas noches, en las que buscaba ese rato conmigo misma, cuando ya los dos dormían. Bueno, mi teta de plástico y batería eléctrica me acompañaban. Pues no, no era tan fácil llenar esos bibis. Había días que me conformaba con 50 mililitros y pensaba que quizás podría haber estado un ratito más. Pero ese día no podía ser. Qué satisfacción poner la etiqueta. Otra valla más saltada, otra altura conseguida, otra brazada nadada. Mi aro olímpico de nuevo más cerca.

Continúe recordando. Los meses pasan. El timbre sonaba cada dos viernes. Puntual. Ese servicio a domicilio. El Hermes de los prematuros. Esas mami lo esperarían con los brazos abiertos. “Pasa por favor, que pongo los bibis en la nevera. Tranquila, te espero aquí”. A toda prisa lo hacía. Pensaba que cinco segundos fuera de mi congelador y podrían malograrse. No cabía esa posibilidad. “Aquí te dejo el material”. Esos corazoncitos de colores en la bolsa. Los recortaba y los metía en la caja de recuerdos de Beltrán. Le gustará que le cuente esta historia cuando tenga

conciencia. Cuando le diga que tiene por la Comunidad de Madrid 15 hermanos de leche. Que su alimento y consuelo lo fue de otros que lo necesitaban tanto como él. Cerraba la puerta y volvía a ponerme en marcha. La atleta volvía a prepararse.

“Os lo digo a todas, pero nunca lo escucháis. Este proceso tiene un principio y un final. Pero el final nunca se ve cerca”. Yo seguía llorando, como una niña pequeña. Llevaba casi un mes intentándolo de nuevo. Dos biberones, tres... y pasaban los quince días. Ya no podía donarlos. Estaba vez ya no había anillos. Tenía que dejarlo. Lo llaman conciliación, pero es remar a contracorriente y es duro, muy duro. Injusto. Irracional.

¿Qué iba a ser ahora del segundo cajón de mi congelador? Volvería a llenarse de guisantes, zanahorias, alcachofas... Claro, es que para eso era el cajón de las verduras congeladas. El que limpié a conciencia antes de meter el primer biberón. Era el más preparado, el que estaba en medio. El que no se quedaría sin frío en caso de que se fuese la luz. Pero nunca más sería el cajón de mis aros olímpicos. Nunca sería el cajón de mis constantes Olimpiadas, las que vivía cada quince días, sin esperar cuatro años, sin que fuesen bisiestos. En las que me sentí ganadora siempre.

Esa mañana de casi febrero, en la que, durante una llamada de apenas cinco minutos con Cristina, lloré, reí, me sentí orgullosa, fuerte, valiente, generosa. Y colgué y seguí llorando. 15 familias han recibido mi ayuda y qué feliz he sido. A veces no podía ni verbalizar lo que sentía. Me quedo con eso. Me quedo con que soy parte.